

que es por sí mismo tan acreedor á los afectos y conatos de nuestras almas. El considerar en él tantas razones de bondad y tanto cúmulo de perfeccion, determina sus entendimientos á una obra á que no se pueden resistir. Pero despues de esto, se engañan fácilmente, creyendo que el amor de Dios es una cosa especulativa, que puede estar en el alma, juntando al mismo tiempo otra cosa diferente en las obras. Si esto fuera así, no seria tan corto el número de los verdaderos cristianos, ni mereceria tantos elogios aquella caridad que hizo héroes á los santos. Así como en el trato civil no se tiene por amistad verdadera la que no se manifiesta en las obras, del mismo modo no es verdadero amor de Dios el que no se manifiesta en los efectos. Dios por sí mismo no necesita de nuestro amor, ni podemos hacer cosa alguna de que le resulte daño ó provecho. Pero tiene en este mundo unos sustitutos suyos, en cuyo beneficio quiere que se explique el amor que á él le tenemos. Por eso dice Jesucristo en el Evangelio: *Todo aquello que hiciéreis con cualquiera de estos mis pequeñuelos, es un beneficio hecho á mi mismo.* Dios no necesita de nuestros dones; es infinitamente rico: pero para eso tiene á sus pobres en el mundo, en los cuales se debe ejercitar el amor que le tenemos. Dios jamás está ni puede estar enfermo; pero amó de tal manera á los hombres, que lo que se hace por ellos lo toma en cuenta, para premiar ó castigar como si hubiera sido ejecutado con él mismo. Esto se ve claramente en las reconvenções que hará á los condenados en el día del juicio universal, y en los motivos por los cuales dice el mismo Dios que dará la bienaventuranza á los justos: *Tuve hambre y sed, dirá á los primeros, y no me disteis de comer ni de beber; estuve enfermo, y no me visitásteis: id, por tanto, malditos, al fuego eterno.* Y á los santos les dirá: *Venid, benditos de mi Padre,*

á gozar del reino que os está preparado desde la constitucion del mundo, porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; estuve enfermo, y me visitásteis, etc. Todo esto convence que el amor de Dios se explica y manifiesta en las buenas obras que se practican con sus criaturas, y que el mejor indicio de que está penetrada tu alma de este divino amor, es la práctica de aquellas obras que testifican el del prójimo; porque el que no ama al prójimo que tiene presente, ¿cómo podrá amar á Dios, á quien ningun ojo mortal pudo ver jamás? Procura, pues, dar á entender que tienes en tu pecho el amor divino, manifestándolo con los beneficios que hagas á tu prójimo.

DIA VEINTE Y UNO.

SAN VÍCTOR, MÁRTIR.

San Victor, mártir ilustrísimo de la santa Iglesia, nació en Marsella, de familia muy distinguida entre las mas nobles de aquella ciudad, tanto por los considerables empleos con que los emperadores romanos habian honrado á sus antepasados, como por los muchos bienes de fortuna que poseia. Es muy probable que sus padres fueron cristianos, y que se dedicaron con los mayores desvelos á darle una educacion digna de su religion y de su ilustre nacimiento. Siguiendo la costumbre de las personas de su calidad, abrazó la profesion de las armas, y sirvió á los emperadores con honor y con distincion, dando en muchas ocasiones tan señaladas pruebas de singular valor, que se cree haberle merecido el nombre de Victor sus mismas hazañas.

Tres ó cuatro años despues que el emperador Maximiano Hercúleo, colega de Diocleciano, habia mandado hacer pedazos la legion Tebana, compuesta toda de cristianos, y mandada por su jefe san Mauricio, pasó á la ciudad de Marsella hácia el año de 290. Era á la sazón aquella ciudad mucho mas ilustre por el zelo de la religion y por el crecido número de fieles que la ocupaban, que por su antigüedad, por la multitud de sus habitantes, por lo que florecian en ella las ciencias y las artes, por sus riquezas y por su esplendor, en que disputaba á la misma Roma la majestad y la opulencia. Acaso no se encontraria en aquel tiempo en todo el imperio romano otra ciudad en que la fe de Jesucristo hubiese hecho tantos progresos, y donde la religion cristiana triunfase con mayor gloria; motivo que obligó al emperador, enemigo mortal del nombre cristiano, á trasladarse á ella para hacer alguna mansion: y por lo mismo se sobresaltaron con su venida todos los cristianos. Dió orden Maximiano de que todos fuesen arrestados, y en un instante se llenaron las prisiones. Era Victor entonces oficial en las tropas del emperador, y viendo á sus hermanos en aquel peligro, se sintió inflamado en zelo por la religion, no menos que encendido en una ardiente caridad; y como por otra parte era hombre hábil, elocuente, de gran persuasiva, y tan animoso, que, en vez de acobardarle los riesgos, le daban mayor espíritu, no conocia al miedo, y con el mayor desembarazo iba todos los dias á las cárceles á visitar los confesores de Jesucristo; y por las noches andaba toda la ciudad de casa en casa fortificando á todos en la fe, y animándolos al martirio.

Al mismo tiempo que los esforzaba con sus palabras, los socorria con sus crecidas limosnas, no pudiendo ser su zelo ni mas ardiente, ni mas compasivo, ni mas eficaz. Acompañaba á los mártires hasta el

cadalso, alentábalos hasta que rendian el último suspiro, y despreciando generosamente los peligros, cada dia hacia nuevas conquistas á Jesucristo.

No era posible se dilatase mucho el premio correspondiente á una profesion del cristianismo tan intrépida y tan animosa á los ojos mismos del mayor enemigo del nombre cristiano. Fué acusado Victor, no solo como cristiano, sino como el enemigo mas capital de los dioses del imperio, y le sorprendieron cuando estaba ejerciendo las santas y gloriosas funciones de verdadero soldado de Jesucristo. Arrestósele de orden del emperador, y se le condujo al tribunal de los dos prefectos Asterio y Eutiques, oficiales generales del mismo príncipe que administraban la justicia en la ciudad. Ambos eran amigos particulares de Victor; y recibéndole con mucho honor, no solo no le trataron como á prisionero, sino que le hablaron como á amigo, calificando de calumnia la acusacion.

« No creas, le dijeron con semblante risueño y apacible, no creas que nos han hecho mucha impresion las voces que corren por ahí; tenémoste muy conocido, y no nos podemos persuadir que un hombre tan discreto sea cristiano. Sóbrate mucho entendimiento y mucho juicio para dar en unas extravagancias y en unas supersticiones tan indignas de un hombre de tu calidad, las cuales haciéndote perder la gracia del emperador, te privarian de tus empleos, te precipitarian en las mayores desdichas, y al fin te costarian la vida. Mucha merced me haceis, respondi ó el santo, en suponerme hombre de tanto entendimiento; pero si tengo alguno, no puedo dar mejor prueba de ello que siguiendo la religion cristiana. Esas que vosotros llamáis supersticiones, son unas verdades tales, que todo hombre de razon se debe rendir á ellas; y el nombre de cristiano tan lejos está de desdorar mi calidad, que, hablando en rigor, la verdadera nobleza y la verdadera

gloria consiste precisamente en el culto que se tributa al único Dios verdadero. Estimo y respeto la gracia del emperador, buena prueba es mi pronto rendimiento á su voluntad imperial en todo lo que no se oponga á mi religion; pero, en tratandose de abandonar esta, antes abandonaré los empleos, los bienes y la vida misma. »

Quedaron suspensos los dos oficiales al oír una respuesta tan discreta como generosa; pero recobrándose Asterio, le replicó: « No es posible hayas hecho reflexion sobre las funestas consecuencias á que te expone ese capricho. Ni yo puedo creer (*añadió Eutiques*) que tú mismo sientas seriamente lo que dices. ¡Qué, adorar como á Dios, y creer como solo Dios verdadero á un hombre, que sabemos murió ajusticiado en un afrentoso madero! ¡Y creerlo tan firmemente, que esté un hombre pronto á sacrificar la vida por sostener este delirio! Muy insensato ha de ser el que abraza semejante religion. Si la conociérais bien (*replicó Victor*), hablariais de otra manera. Ese hombre muerto en una cruz por la salvacion de los hombres, es verdadero Hijo de Dios; y él mismo resucitó al tercero dia por su propia virtud. Vuestros dioses si que son unos dioses muertos; ni en vuestros ídolos adorais otra cosa que á los demonios. Su misma multitud es la mejor prueba de su ningun poder. Adorar á los demonios es extravagancia, y rendirles culto es impiedad. » Al oír esto, los que estaban presentes levantaron descompuestamente el grito, cargándole de injurias, sin que Victor diese señal de la mas mínima alteracion. Dijole entonces Asterio: « Ya ves la indignacion del público; nosotros no podemos menos de dar cuenta al emperador de tu desobediencia. Tambien yo soy oficial de sus ejércitos (*respondió Victor*), y ninguno habrá notado en mí la menor cobardía ni infidelidad en su servicio:

pero al mismo tiempo soy soldado de Jesucristo, y quiero serle fiel; vosotros cumplid con vuestra obligacion. »

Informado Maximiano de todo lo sucedido, fué grande su indignacion por lo mismo que estimaba á Victor como á uno de los mas valerosos soldados de su ejército. Lleváronle á su presencia, y le recibió de manera que mostró bien lo mucho que sentia verse precisado á valerse de amenazas para intimidarle; pero el santo estuvo aun mas intrépido y mas resuelto delante del emperador que delante de los prefectos. No pudo sufrir su constancia el genio cruel de Maximiano; arrebatado de cólera, mandó que le atasen por los piés á la cola de un fogoso caballo, y que fuese arrastrado de esta manera por toda la ciudad, no dudando que los cristianos se atemorizarian á la vista de un suplicio tan desacostumbrado. Ejecutóse la orden; concurrió todo el pueblo al espectáculo; y como se habia esparcido cuidadosamente la voz de que Victor era el mayor enemigo que tenian los dioses, cada uno juzgaba hacer un acto de religion en cargarle bien de injurias. Arrojábanle piedras, sembraban las calles de cascotes de hierro, irritaban el caballo á latigazos, y todos procuraban hacerle mas cruel aquel tormento. Creyóse desde el principio que luego espiraria, viéndole tan ensangrentado, tan molido y tan despedazado, cubiertas de su sangre todas las calles, sin haberle quedado ya mas que la figura de hombre; pero le conservaba Dios para mayores tormentos, y para que triunfase en él la religion en medio de suplicios mucho mas terribles. Desataron aquel cuerpo desfigurado, despedazado y bañado todo de sangre, y le volvieron á presentar delante de los prefectos, los cuales, viéndole en estado tan lastimoso, creyeron habria poco que hacer para vencerle.

« Esto es (*le dijeron*) lo que has ganado con tu terquedad; suplicámoste como amigos que te rindas á la voluntad del emperador, y que no quieras apurar toda su paciencia. No me tengais mucha lástima (*les respondió el santo*) por el estado en que me veis; el amor que los cristianos tenemos á Dios, y la segura esperanza de conseguir los bienes que no tienen fin, hacen muy preciosos para nosotros los trabajos de esta vida. Créeme á mí (*replicó Asterio*), y no arriesgues los bienes presentes y efectivos por los imaginarios y futuros. » Animado entonces el santo del espíritu de Dios, le hizo un dilatado discurso así á él como á la multitud que le escuchaba sobre la verdad de la religion cristiana y sobre la locura del paganismo. Pero como algunos se burlasen de que los cristianos colocaban su esperanza en unos bienes futuros, de los cuales no tenían ni pruebas ni experiencia: « La prueba mas concluyente (*dijo Victor*) de la seguridad con que esperamos estos bienes, son los suplicios que padecemos con tanta alegría solo por lograrlos; y aqui estoy yo pronto á servir de nuevo ejemplo. »

Viendo los jueces que comenzaba á excitarse en el pueblo un sordo murmullo, y temiendo algun motin, deliberaron entre si lo que debian hacer. Conviniéron luego en que era menester castigar aquella osadía y el desprecio de los dioses; pero no se conformaron en el género del suplicio, y se acalararon tanto en esta disputa, que Eutiques se retiró. Quedó solo Asterio, y queriendo complacer al emperador, condenó al santo á los mas crueles tormentos. Dió principio mandando aplicarle á la cuestion con tanta impiedad, que, á no conservarle Dios milagrosamente, hubiera perdido la vida. Durante este suplicio, levantaba Victor los ojos al cielo, y pedia al Padre de las misericordias paciencia para tolerarle. Apareciósele Jesucristo con una cruz en la mano, dióle su bendicion, y le dijo que él

mismo era el que padecia en sus mártires, que los alentaba, los sostenia en sus combates, y al fin los coronaba despues de la victoria. En el mismo instante se sintió Victor sin el mas minimo dolor; y llenándose su corazon de un dulcísimo consuelo, se halló tan fortalecido con estas palabras, que, sin atender siquiera á lo que padecia, estaba enteramente ocupado en rendir mil gracias al Salvador por aquella gran merced. De esta manera cansó el santo al prefecto y á los verdugos; tanto, que, viéndole Asterio como insensible, mandó que le desatasen del potro, y que le encerrasen en un oscuro calabozo; pero apenas entró en él cuando todo se bañó de una celestial luz mas resplandeciente que la del mismo sol. En vista de este prodigio, tres soldados que le hacian guardia, llamados Alejandro, Longino y Feliciano, se arrojaron á los piés de Victor protestando que no habia otro verdadero Dios que el Dios de los cristianos, y pidiendo con instancia el bautismo. Instruyólos el santo lo mejor que pudo, y las circunstancias del tiempo lo permitian; mandó llamar á algunos presbíteros, llevólos á la orilla del mar, donde fueron bautizados, siendo el mismo santo su padrino, como lo dicen las actas del martirio, y se volvió con ellos á la cárcel, donde pasaron todos el resto de la noche dando á Dios muchas gracias por sus grandes misericordias.

Noticioso Maximiano la mañana siguiente de la conversion de los tres soldados, entró en una furiosa cólera, y mandó luego fijar un edicto, en que sentenciaba á los tres á ser prontamente degollados, y á Victor, que los habia encantado con sus hechicerias, á que fuese aplicado segunda vez á otra tortura mucho mas rigurosa que la primera. No se turbó nuestro santo, y solo atendió á esforzar á los tres soldados, animándolos á despreciar generosamente

la muerte. Refirióles que el día antecedente le había consolado el Señor, y los exhortó á que se mostrasen dignos del honor que les hacia Jesucristo, exponiéndolos al combate en el instante mismo en que entraban en su milicia. Fueron conducidos todos cuatro á la plaza que estaba delante de la cárcel, y se llama hoy la plaza de Linche, adonde había concurrido todo el pueblo, los gentiles para saciar su inhumanidad y su rabia contra los cristianos, y los cristianos para ver combatir los santos mártires en defensa de la religion, y para ser testigos de su triunfo en medio de los suplicios. Era Víctor el objeto principal contra quien se desenfrenaba el furor de los gentiles; cargábanle de injurias y de imprecaciones, pretendiendo obligarle con descompasados gritos á que hiciese retractar á los tres soldados de los embustes y supersticiones en que los había imbuido con sus hechicerías y sortilegios; pero el santo, despreciando generosamente la gritería y los insultos del fanático populacho, redobló su zelo para animarlos al martirio, y tuvo el consuelo de verlos morir con tan valerosa constancia, que admiró hasta á los mismos paganos. Cortáronles la cabeza en presencia de Víctor, que derramaba dulces lágrimas de gozo, rindiendo mil gracias al cielo, y pidiendo con instancia al Señor le hiciese participante de la misma gloria.

Pero aun no le fué entonces concedida esta dicha; hiciéronle todavía padecer otra tortura mas rigurosa para satisfacer al pueblo idólatra, cada día mas sediento de la sangre de los cristianos. Volviéronle á suspender en el ecúleo, y por largo espacio de tiempo golpearon cruelmente su cuerpo con vergas. Su paciencia, siempre victoriosa de los mas desapiadados suplicios, convirtió gran número de paganos, reconociendo y confesando que sin asistencia sobrenatural y divina no era posible resistir á tantos tor-

mentos, y mucho menos padecerlos con tan visible alegría. Volviéronle á la cárcel, donde estuvo tres días clamando continuamente al Señor por la palma del martirio.

Muy presto tuvo su efecto esta fervorosa oracion. Pareciéndole á Maximiano que no era tratado Víctor con todo el rigor que merecía, avocó á sí la causa, y él mismo quiso ser su juez. Mandóle traer á su presencia, volviéndole á examinar judicialmente sobre su fe; valióse de promesas, de amenazas, y de los tormentos á que le aplicó tercera vez. Como nada de esto alterase su constancia, hizo traer un altar, púsosele delante, mandóle ofrecer incienso á Júpiter en su presencia, y se lo mandó en un tono tan terrible, tan espantoso, que se atemorizaron hasta los mismos gentiles. Abrasado entonces el santo de un extraordinario zelo, y lleno de una santa indignacion al nombre solo del horrible sacrilegio á que se le quería precisar, dió un puntapié al ídolo y al altar, y lo echó todo por tierra. Espumando de cólera el tirano, mandó que al punto le cortasen aquel sacrilego pié; alargóle intrépidamente Víctor al verdugo, y sufrió aquel tormento con la misma alegría que todos los demás. Rabioso Maximiano por no poder doblar la heroica constancia del generoso soldado de Jesucristo, mandó que le pusiesen debajo de una rueda de molino hasta que se hiciesen harina todos sus huesos. Ejecutóse la órden; pero apenas fué el santo aplicado á este suplicio, cuando se hizo pedazos la máquina que daba movimiento á la rueda. Retiráronle de ella, aunque ya con todos los huesos molidos; y viendo el emperador que todavía respiraba, no pudiendo sufrir el verse vencido, mandó que le cortasen la cabeza, y al mismo tiempo se oyó una voz del cielo, que decía: *Venciste, dichoso Víctor, venciste.*

Pareciéndole al tirano que podria triunfar de los mártires, á lo menos despues de muertos, dió orden de que fuesen arrojados al mar los cuerpos de nuestro santo y de los tres soldados degollados tres dias antes; pero dispuso Dios que la misma agua los echase á tierra en la orilla opuesta del puerto, de donde los retiraron los cristianos, y les dieron sepultura á pocos pasos de distancia, la que hizo gloriosa el Señor con gran número de milagros. Recibió san Víctor la corona del martirio el dia 21 de julio del año de 303.

El año de 410 pasó del Oriente á establecerse en Marsella el célebre Juan Casiano, tan conocido por su libro de *las colecciones de los Padres*; y ordenado de sacerdote por el obispo Venerio, fundó en el mismo lugar de la sepultura del santo mártir un famoso monasterio, que es hoy la ilustre abadía de san Víctor de la religion de san Benito, donde se guardan sus preciosas reliquias, menos el pié, que en el año de 1362 regaló á la abadía de san Víctor de París Juan duque de Berry, hijo del rey Juan, y al duque se le habia presentado el papa Urbano V, cuando era abad de San Víctor de Marsella. Esta abadía de San Víctor de París habia sido un simple priorato de monjes benedictinos, dependiente de la abadía de San Víctor de Marsella, hasta que en el año de 1173, Luis el Craso, rey de Francia, la convirtió en monasterio de canónigos reglares.

Cada año se renueva en esta abadía de París la memoria del recibimiento del santo pié en el dia 23 de julio, cuya conmemoracion se hace con grande solemnidad, en testimonio de lo mucho que se estima aquella preciosa reliquia.

En el ilustre monasterio de las religiosas benedictinas de Marsella se ve hasta el dia de hoy la cárcel, ó el calabozo subterráneo donde estuvo preso el

santo mártir, y en frente está la plaza donde probablemente consumó su glorioso martirio, y en la cual 250 años antes habia san Lázaro consumado el suyo.

SANTA PRAXEDES, VIRGEN.

Entre las ilustres familias, que abrazaron la fe de Jesucristo en el tiempo de los apóstoles, fué una la del nobilísimo senador Prudencio, quien, ilustrado con la luz del Evangelio y bautizado por san Pedro, tuvo la dicha de que su casa fuese la primera en la capital del orbe cristiano, donde celebró el principe de los apóstoles los misterios de nuestra santa religion; y fué consagrada despues en iglesia bajo el título del Pastor. De este padre feliz fué hija santa Praxedes, natural de Roma. Se dejan discurrir los progresos que haria Praxedes en la virtud bajo la enseñanza de los varones apostólicos, especialmente de san Pio, pontífice primero de este nombre, á quien principalmente atribuyen la educacion de esta ilustre virgen sus actas; aunque las instrucciones de Pio no hicieron mas que fomentar las impresiones de la gracia, la cual produjo en su tierno corazon unos sentimientos tan nobles y tan cristianos, que en su juventud ya parecia haber llegado á una suma y eminente perfeccion, siendo reputada por uno de los prodigios del cristianismo, y por el modelo mas perfecto de las piadosas matronas de Roma.

Aunque por su rara hermosura, calificada nobleza, vivo y perspicaz ingenio podia aspirar Praxedes á ser una de las primeras y de las mas principales señoras del mundo; todos los atractivos brillantes del siglo no fueron capaces de deslumbrar su entendimiento, estando bien persuadida que el mayor elogio de una

Doncella cristiana consiste en una justificada, modesta y virtuosa conducta. La alta idea que concibió desde luego de la pureza, la hicieron consagrar su virginidad á su esposo Jesucristo, y seguirle en los trabajos y amargura de su cruz; para lo cual, retirada de los peligros del siglo, pasaba su vida empleada en los santos ejercicios de oracion, vigiliias, ayunos y penitencias.

Los caritativos oficios que con los pobres cristianos practicaba la santa en aquellos calamitosos siglos, en que todo era tumulto y persecucion contra la Iglesia, dieron á conocer en Roma el gran fondo de su piedad. Todos los cristianos miraban su casa como general hospicio, donde hallaban consuelo en sus aflicciones y asilo en sus conflictos, invirtiendo la santa con manos liberalísimas su cuantioso patrimonio en el socorro de los necesitados. No fué menos admirable su zelo por el aumento del culto divino: á sus ruegos consagró en iglesia titular de Roma san Pio I la casa de su padre Prudencio, bajo el título del Pastor: lo mismo hizo con la de un presbitero llamado Novato con las termas de su nombre, y no omitió igual donacion graciosa de su propio domicilio, á fin de que en todos se celebrasen los divinos misterios, y se administrasen los sacramentos.

Suscitó el emperador Antonino Pio una de las persecuciones que padeció la Iglesia, no bien hallado con la tregua pacífica que le concedió por algun tiempo de su reinado, portándose al fin como pagano é idólatra. Penetrado el piadoso corazón de la santa del mas vivo dolor al ver las miserias de los muchos cristianos que gemian entre duras prisiones, amada de una caridad sin límites, iba á las cárceles para consolar á los afligidos, y para alentarlos con sus sabias y eficaces persuasiones á que se mantuviesen firmes en la confesion de Jesucristo, ocupándose con

el mismo valor en dar sepultura á los ilustres mártires que murieron en aquella borrasca, sin temer la doncella los peligros á que exponia cada dia su vida; pues sus deseos no eran otros que ser participante de sus gloriosos triunfos.

Sabedor Antonino que en casa de Praxedes se congregaban los cristianos para celebrar las funciones de su religion, dió providencia para que los arrestasen sus ministros, quienes prendieron con Simetrio, presbitero, á otros veinte y dos confesores, que el emperador mandó degollar sin proceso alguno. Sintió la santa en el alma el suceso, y no pudiendo sufrir su compasivo corazón la inhumanidad que ejecutaban los paganos con los inocentes fieles no por otra causa que la de resistirse á prestar adoracion sacrilega á las falsas deidades, rogó al Señor se dignase sacarla de esta penosa vida. Oyó el Señor sus fervorosas súplicas, y le concedió esta dicha en 21 de julio del año 159. Dieron sepultura al venerable cuerpo los fieles en el cementerio de Priscila, contiguo al de su padre y de su hermana Pudenciana.

Erigida la casa de Praxedes en título, como queda dicho, se tuvo en grande veneracion en Roma desde los primeros siglos; pero habiendo padecido algunas ruinas en los tiempos sucesivos, se interesaron despues en su reedificacion y adorno la santidad de Pascual II, san Carlos Borroméo y Alejandro, cardenal de Médicis, que ascendió á la dignidad pontificia con el nombre de Leon XI, devotos cordialísimos de la santa, cuyas reliquias se conservan en la iglesia de su título, de las cuales se han trasladado algunas á diferentes partes del cristianismo, entre otras á Mallorca, y en todas se les tributa la veneracion correspondiente.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Praxedes, virgen, que, educada en la práctica de la castidad y de la ley de Dios, y entregándose á continuas vigiliass, á la oracion y al ayuno, murió en la paz del Señor, y fué enterrada junto á su hermana Pudenciana en la via Salaria.

En Babilonia, san Daniel, profeta.

En Marsella, la fiesta de san Víctor, que, siendo soldado, y no queriendo llevar las armas por no sacrificar á los idolos, fué desde luego arrestado y consolado por la visita de un santo ángel: atormentado despues de muchos modos, consumó al fin su martirio, aplastado por una piedra de molino. Con él fueron tambien martirizados otros tres soldados, Alejandro, Feliciano y Longino.

En Troyes, santa Julia, virgen y mártir.

En el mismo lugar, el martirio de san Claudiano, san Justo y san Incundino con cinco compañeros, bajo el emperador Aureliano.

En Comanes en Armenia, san Zótico, obispo y mártir, que fué coronado bajo Severo.

En Strasburgo, san Arbogasto, obispo, ilustre por sus milagros.

En Siria, san Juan, monje, colega de san Simeon.

En Sange de Erva cerca de Sablé, san Serne, solitario.

En el pais de los Vosgos en Lorena, san Juan y san Benigno, gemelos, monjes bajo de san Hidulfo, muertos en el mismo dia.

En Tournay, el venerable Charlar, canónigo de Nuestra Señora, célebre por su singular modestia y profusiones para con los pobres.

En Cesena en Italia, los santos mártires Tipógrates, Adrianito y algunos otros.

Tambien en Comanes, el martirio de san Basilisco de Amasea.

En Emesa, el fallecimiento de san Simeon Salus.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos concedis
sanctorum martyrum tuorum
Victoris, et sociorum ejus
natalitia colere: da nobis in
eterna beatitudine de eorum
societate gaudere. Per Domi-
num nostrum Jesum Chris-
tum...

O Dios, que nos concedes
la gracia de que celebremos el
nacimiento al cielo de los glo-
riosos mártires san Víctor y sus
compañeros; concédenos tam-
bien la de que gocemos de tu
eterna bienaventuranza en su
santa compañía. Por nuestro
Señor Jesucristo...

*La epistola es del cap. 11 del apóstol san Pablo á los
Hebreos, y la misma que el dia XVIII, pág. 425.*

NOTA.

« Escribióse esta admirable epistola antes de la
» destruccion del templo de Jerusalem, como se re-
» conoce por todo lo que se dice en ella de los sacer-
» dotes y de los sacrificios de la ley. Tambien da
» bastantemente á entender el Apóstol que la escribió
» en Italia; y aun san Crisóstomo, Teodoro y algu-
» nos otros son de parecer que la escribió en Roma,
» poco despues que se le dió libertad sacándole de
» la cárcel. »

REFLEXIONES.

Si se considera lo mucho que padecieron por Jesu-
cristo aquellos héroes cristianos, y si se hace refle-
xion á lo que nosotros hacemos por el mismo Señor,
¿ no se podrá dudar si ellos reconocieron otro Evan-
gelio distinto del nuestro, ó si nosotros profesamos
otra religion diferente de la suya? La delicada vida
de los cristianos de nuestros tiempos, sus costum-
bres, sus máximas y su licencia, todo induce tan
enorme desproporcion entre nuestra moral y la de
los primeros fieles, que con razon se puede preguntar